

---

# Alaíde. Cuatro años\*

**H**ablar de una gran vida universal hasta cierto punto es exponer una suerte de sistema panteísta, es hablar, más concretamente, de esa alma universal que parece patrimonio de los estoicos. Pero eso poco importa; lo importante es la idea de unas vidas —no todas y ni siquiera muchas— que contribuyen de modo fundamental con su sentido a la fuerza caudalosa de la vida universal.

Todo en Alaíde Foppa tuvo siempre un sentido: su calidad exquisita de mujer, de madre, esposa, amiga, compañera; la profundidad de su capacidad creativa; su sensibilidad; su nunca satisfecha inquietud intelectual; su compromiso con las mejores causas y, en particular, con la de su entrañable y dolido pueblo guatemalteco.

Alaíde decía que sus días estaban jalonados por saltos mortales: de la cultura italiana por la que transitaba como maestra y traductora pasaba sin transición a la crítica de arte; al quehacer poético; a la causa de la mujer vivida en su teoría y en su praxis; a la generosa solidaridad con sus paisanos; al culto de su casa, de la amistad, cultivados como la mejor de las oficiantes. Saltos mortales —para mí— que sólo eran posibles gracias al amor y a la capacidad de entrega.

Si todo en la vida de Alaíde Foppa tuvo siempre un sentido, su muerte también lo tuvo, también lo tiene. Al exigir por su aparición y por la de Leocadio Actún Shiroy —vivos y sanos—, desaparecidos ambos en la ciudad de Guatemala el 19 de diciembre de 1980, exigíamos desde los foros nacionales e internacionales la aparición de los miles de personas desaparecidas por los gobiernos criminales que se han sucedido los últimos años en la hermana República de Guatemala.

No podíamos aceptar que los servicios de inteligencia G-2 del ejército de Guatemala hubieran consumado en ellos dos sus prácticas mortalmente criminales.

Ese Comité Internacional por la Vida de Alaíde Foppa, formado por personas que conocieron a Alaíde o bien que, sin conocerla, vieron en ella a un símbolo, mantuvo durante meses la exigencia de su aparición. No se cumplían todavía dos años de aquel nefasto 19 de diciembre de 1980, cuando recibimos un par de cintas grabadas con una larga entrevista a su hija Silvia Solórzano Foppa, sostenida en algún lugar del Departamento del Quiché, en Guatemala.

Silvia, médica, integrada desde hacía más de diez años a la lucha revolucionaria en el Ejército Guerrillero de los

Pobres, decía en su entrevista. “El secuestro de mi madre fue muy conocido y tanto fuera como dentro de Guatemala fue denunciado, pero eso no le importó al gobierno desprestigiado de Romeo Lucas y la mantuvo capturada”. Y añadió: “Supimos que fue torturada hasta que se le provocó la muerte”.

Ya hacía tiempo que no hablábamos de Alaíde con el presente con el que se refiere uno a las personas vivas; aunque nos disgustara descubrir que inconscientemente lo hacíamos, nos referíamos a ella como quien lo hace con los seres queridos que han muerto. La declaración de Silvia su hija venía a confirmar lo que no podíamos, no queríamos aceptar.

El Comité Internacional por la vida Alaíde Foppa se disolvió: ya no tenía sentido. La asunción de su muerte dio vida a la Asociación de Trabajadores de la Cultura de Guatemala. Alaíde Foppa, confiriéndole una vez más sentido a su muerte. Esta asociación —aunque no fuera más que por su solo nombre— se ocupará —estoy segura— de mantener vivo año con año y todos los que sean necesarios, el sentido de la muerte de Alaíde, de Leocadio, de Pablo y Mario Solórzano su esposo, muerto pocos meses antes que Alaíde, y de tantos miles de desaparecidos y muertos en ese país que tanto duele a los guatemaltecos, y a nosotros, sus hermanas y hermanos mexicanos.

Elena Urrutia



\* Como en años anteriores, el 7 de diciembre pasado nuestra querida compañera Alaíde Foppa fue recordada en el cuarto aniversario de su secuestro y desaparición. En esta ocasión el homenaje tuvo lugar en el auditorio del CUC (Centro Universitario Cultural) y la convocación fue hecha por la Asociación de Trabajadores de la Cultura de Guatemala Alaíde Foppa y la revista fem., con la participación de Miguel Concha, Julio Solórzano Foppa, Carlos Illescas y Elena Urrutia, cuyo texto publicamos.

